

Canciones soeces, amenazas mortales, dicerios horribles salían de las Euménides que acompañaban aquel entierro trágico y grotesco á un mismo tiempo, de la dignidad real vejada y ofendida en sus hereditarios representantes. Un cómico de la legua acompañaba en su asiento al cochero de los reyes y decía contra la familia real las mayores injurias. Los guardias heridos, los oficiales del regimiento de Flandes dispersos, los representantes de la guarnición derrotada y cautiva, seguían, con los rostros macilentos por la tristeza, los ojos encendidos por el insomnio, los uniformes destrozados por el combate, aquella comitiva babilónica, aquel aquelarre de iras desencadenadas, aquella calle de regias amarguras. La reina lo miraba todo, como si fuese un espectro á ella extraño, contraídos los labios, sereno el semblante, secos los ojos. Las únicas lágrimas que resbalaron por sus mejillas, sin poder contenerlas, fueron las lágrimas arrancadas por esta exclamación del niño: «Tengo hambre.»

Del palacio de los reyes en Versalles pasaron al palacio del pueblo en París, y del palacio del pueblo pasaron á las antiguas Tullerías. No había cosa alguna dispuesta y apercebida para recibirlos en aquellos monumentos por cuyas estancias todavía vaga la sombra de Catalina de Médicis coronada con su corona de serpientes y envuelta en su manto de sombras, chorreando en la historia por todos sus poros la sangre inocente que bebiera en su siniestra vida. Imaginaos la diferencia entre el esplendor de Versalles, atestado de riquezas, y la desnudez de las Tullerías, convertidas por el destino en el calabozo de aquellos regios prisioneros, en el potro de su tormento. La reina no encuentra los doce tabaques donde estaban los doce trajes que le ofrecían diariamente; ni las princesas de sangre real y las damas de noble nacimiento que se disputaban el honor de ponerle la camisa. Sus azafatas tuvieron que dormir en sillas, sus hijos en camas de campaña. Así es que al entrar el cuerpo diplomático, María Antonieta rompió en fuertes y amarguísimos sollozos. Y era natural. Si salen algunas veces á los jardines se encuentran con la muchedumbre que los avizora y no los respeta. En vez de las aves raras y de los pintados faisanes reunidos en Versalles, simples patos que dan á la mansión de los reyes con el castañeteo de sus picos el aire de sencilla dehesa. Y tanto era así, que le habían dejado al delfín un cercadillo para trabajar de jardinero y una cabaña para almacén de instrumentos, y al rey un vasto taller donde á medida que su regia majestad decaía y sus antiguas prerrogativas se acababan, movía el fuelle, mojaba el hierro, machacaba el yunque, mostrando cuánto más diestro era en manejar el martillo que en sostener el cetro; verdadero industrial nacido para los esparcimientos de los humildes y no para las porfías de los poderosos. Así es que la reina, deseosa también de descender á la categoría de las familias sencillas y de los simples particulares, trabajaba á la aguja, y hacía bordados que á lo mejor la fatigaban sin distraerla; y ya fatigada se volvía al rey para departir con él de los negocios públicos. El rey la escuchaba unas veces con paciencia y otras con impaciencia. En alguna ocasión, muy contrariado por sus observaciones, solía decirle: «Señora, dejadme en paz; vuestros negocios son vuestros hijos.» Y en el sombrío palacio, á las orillas del

triste Sena, entre las obscuras casas de aquel París que alrededor de las Tullerías se aglomeraba, luchando y reluchando con el destino sin poder vencerlo, pasaban su vida, la poca vida que ya podía quedarles en tanta desventura, aquellos dos reyes, descendientes de las primeras familias de Europa y representantes últimos del privilegio y de las castas.

## IX

Al llegar á este punto supremo en la historia de la revolución francesa conviene pararse un momento y aplicar con cuidado sus enseñanzas elocuentísimas á nuestra sociedad, á nuestra generación, á nuestro tiempo, al desarrollo continuo de la democracia contemporánea, la cual no puede, no debe perder ninguna de las lecciones guardadas por la memoria humana para su instrucción y para su escarmiento, á fin de que no malogre el instante que le ha tocado en suerte y continúe la obra del progreso, que no puede en manera alguna detenerse.

El uso prescribe que la política se trate con cierta sencillez de estilo y cierta poquedad de idea. La audacia de los intentos no cuadra en verdad á empresa tan práctica, ni el esplendor de la forma se compadece y aviene con materia de suyo tan prosaica. Le es permitido á un Oviedo describir con mágicos arboles á sus leyentes las Indias occidentales que renuevan la naturaleza, y á un Humboldt convertir los estudios de la creación universal en magno poema épico; pero Montesquieu deberá decirnos con mucha sobriedad cuántos y cuáles son los resortes del gobierno representativo, y Tocqueville ahogar toda inspiración y todo arebato de entusiasmo al contarnos las maravillas de las instituciones americanas. Esta sociedad en que vivimos, de la cual somos parte, con sus necesidades diarias, con su vida impura, con su realidad pedestre, apenas merece la atención de los grandes astrónomos del pensamiento, ocupados hoy en averiguar si nuestros progenitores comían osos crudos cuando habitaban las cavernas en la amable compañía de los tigres y de las hienas trogloditas. Y no hay estudio que merezca nuestra predilección como el estudio de las sociedades humanas. Por el espectro solar hemos averiguado la materia componente de esos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestra retina ó á nuestros telescopios; y no tenemos instrumento alguno capaz de revelarnos la substancia esencial de estas sociedades humanas, tan cerca de nosotros, y tan circuidas de misterios. Por las clasificaciones científicas abrazamos en una serie lógica, perfectamente encadenada, todos los organismos, desde la seta que absorbe el oxígeno y exhala el carbono, como los animales, hasta el cerebro que destella una luz increada, la luz del pensamiento, como los dioses. Y los fenómenos políticos, y los accidentes de la vida social, y las leyes mismas, y las instituciones varias no se hallan sujetas á ninguna clasificación rigurosa, á ningún sistema científico, á ningún encadenamiento lógico, porque en la política empieza el mundo del espíritu, y con el mundo del espíritu el reinado de la libertad, menos sujeto á nuestros cálculos y nuestras previsiones que las fatalidades mecánicas ó dinámicas, y más complicado que todas las series de los organismos materiales y tangibles.

Pasma, leyendo hoy los naturalistas clásicos, griegos y romanos, lo mucho que hemos adelantado en ciencias naturales; y pasma, leyendo los políticos, sus observaciones sobre las leyes, sus estudios de las clases y castas, sus diversos calificativos de las varias formas de gobierno, lo poco que hemos adelantado en las ciencias políticas y sociales. Un naturalista apenas necesita estudiar á Plinio el Viejo sino como mero autor arqueológico, mientras un estadista encontrará en Aristóteles, en sus profundísimos libros de política, las enfermedades terribles de que pueden morir á nuestros ojos las democracias contemporáneas, á pesar de lo mucho que se diferencian y apartan de las democracias antiguas. Dificiles, difícilísimos los estudios políticos. Y las dificultades crecen, al tratar de la política diaria, de la que á nuestra vista se desarrolla, y no ha terminado todavía su vida, y no ha cumplido sus edades, y no ha realizado su destino, entregada por necesidad á mil accidentes y á mil cambios bruscos, la mayor parte de ellos inaccesibles á nuestra limitada previsión é insondables á nuestros ciegos presentimientos. Y sin embargo, propóngome estudiar en breves páginas la naturaleza íntima de la democracia contemporánea y el ministerio propio de sus naturales condiciones en este período de la historia.

Por mucha enemiga que la crítica moderna sienta contra los atrevimientos de la síntesis, no puede negarse que así como el siglo xv, el siglo que vió nacer á Brunelleschi, á Guiberti, á Vinci, á Rafael, á Buonarroti, es el siglo de las artes; y el siglo xvi, el siglo que oyó la voz de Lutero, el planido de Melancthon, la viril elocuencia de Calvino, las arengas de Zuinglio, es el siglo de la renovación religiosa; y el siglo xvii, á cuya entrada se acercó Bacon y á cuya salida Newton, y en cuyos años pensaron Descartes, Pereira, Espinosa y Leibnitz, es el siglo de los filósofos; y el siglo xviii, que acabó con todas las veleidades de la restauración en Inglaterra y trajo la independencia y la república á los Estados Unidos, la Constituyente y la Convención á Francia, es el siglo de las revoluciones; nuestra edad, este siglo xix, tan combatido por unos y tan idolatrado por otros, tiene un carácter que resume los caracteres de los siglos anteriores y que representa todo el resultado de la cultura moderna iniciada por el Renacimiento y la Reforma; nuestra edad, este siglo, es el siglo de la democracia. Certo que nosotros, los modernos, jamás hemos podido comprender la democracia como lo comprendía la generalidad de los antiguos. Para éstos era una clase en oposición á otras clases sociales; para nosotros es la universalidad de los ciudadanos. Llegaba la democracia al seno de las sociedades antiguas y no rompía arriba la rigidez de un Estado omnipotente y no aniquilaba abajo los horrores de una esclavitud durísima, mientras que en el mundo moderno la democracia no puede subsistir sino reduciendo el Estado á sus límites propios y elevando las clases sociales al goce igual de todos los fundamentales derechos. En el mundo antiguo la denominación de demócrata equivalía á la denominación de plebeyo, y se relacionaba por necesidad con la existencia del patricio ó del noble, constituido entre los pueblos más republicanos en una especie de casta. Hoy democracia quiere decir: régimen de la sociedad por sus leyes naturales; gobierno de las naciones por sus dele-

gados electorales, amovibles y responsables; reintegración del individuo en todos los derechos congénitos á la naturaleza humana. Si examináis la historia de las democracias antiguas veréis ausente esta idea de la igualdad natural y presente siempre la idea á todas las clases común de la omnipotencia del Estado, reduciéndose las cuestiones políticas en su mayor parte á la conveniencia de entregar el gobierno ó bien á los que quieren conservar, como los patricios de Esparta, ó bien á los que quieren adquirir, como los plebeyos de Atenas, por el predominio de los intereses sobre los principios y de los privilegios sobre los derechos. La democracia, entre las antiguas, más estudiada y conocida de nosotros, es la democracia romana, por haberse mezclado tanto su historia política con nuestro derecho civil; y esa democracia vivió vida de combate en una guerra perpetua con las clases nobles; guerra á cuyo término sobrevino secular y gigantesca dictadura, capaz no sólo de acabar con Roma, sino de podrir la tierra entera, á no renovarse la vida por las ráfagas de las ideas y por el impulso de las irrupciones, como se renuevan los mares por los oleajes que baten y encrespan los vientos. Así, la democracia antigua era más fácil de establecer y aún de conservar que la democracia moderna, por no disminuir en esencia bases seculares de la autoridad ni cambiar por completo la íntima naturaleza y las prerrogativas y facultades del Estado.

Una de las ventajas mayores que la democracia moderna tiene sobre las democracias antiguas encuéntrase en el modo de su advenimiento, pues no debe considerarse como una clase que supedita á otra clase, cual supeditaron los nobles á los plebeyos en Venecia ó los plebeyos en más de una ocasión á los nobles en Florencia por felices casualidades históricas, por guerras civiles varias, por cambios políticos más ó menos fortuitos, no; la democracia moderna es el resultado de todo un movimiento histórico tan largo y tan profundo como los movimientos geológicos; es la consecuencia última de una serie de premisas que no se relacionan solamente con la política, sino también con la industria, con el arte, con la religión; es el substratum de las ciencias, así filosóficas como sociales, que han de consuno inspirado á las naciones la voluntad de gobernarse á sí mismas y á los individuos la idea de un derecho tan eterno como su propia naturaleza; elementos con los cuales no puede menos de producirse y organizarse, como si naciera de fuerzas vivas en el seno de la naturaleza, una nueva é indestructible sociedad.

Las castas sociales parécense á los ídolos religiosos en que, apoyadas sobre los sentimientos y las ideas de los llamados á obedecerlas y adorarlas, viven como si en realidad pertenecieran á esferas sobrenaturales; respiran atmósfera superior impregnada de incienso; brillan sobre aras y altares inmortales, hasta que la fe cambia, y con la fe los sentimientos y las ideas de los creyentes ó de los siervos, los cuales ora apagan las luces en los templos y suspenden las ofrendas y los exvotos en las capillas, ora borran de los palacios los blasones y de los pergaminos las armas, olvidando los viejos títulos y timbres, representación de esas avasalladoras fuerzas, en cuya virtud nacen y viven las instituciones y los gobiernos como los seres orgánicos en sus respectivas y necesarias atmósferas. Duélanse en

buena hora los adoradores de los tiempos pasados; lloren como plañideras tras el entierro de las antiguas sociedades; entonen las elegías inspiradas por las derrotas y por las ruinas: la escolástica no volverá a la ciencia, la magia a la naturaleza, la vinculación y el mayorazgo a la herencia, el gremio al trabajo, el privilegio de la cuna a la nobleza, la corona del derecho divino a las sienes de los reyes, ni el sentimiento de una inferioridad irremediable al corazón de los pueblos; estamos, pues, y no podemos menos de estar en plena e incontestable democracia.

Pero no siempre los organismos políticos responden a las esencias y a las substancias sociales. En una sociedad democrática subsiste y puede subsistir mucho tiempo una forma política o social, de todo en todo opuesta, por una contradicción evidente, a esa democracia. El pueblo francés constituyóse, después de la revolución del 89, en el pueblo más democrático de toda Europa; y a pesar de esta constitución íntima que afectaba por completo a su espíritu y a su organismo, dos veces se ha restaurado durante el siglo la monarquía de los Borbones, dos veces se ha constituido el imperio de los Bonapartes, y una vez se ha llegado a falsificar la democracia por medio del corruptor sistema doctrinario personificado en la familia de los Orleans. Indudablemente, si las ideas puras provienen de la ciencia o de la conciencia; si los elementos sociales provienen de grandes fuerzas históricas, los organismos políticos, o por lo menos su nacimiento y su arraigo, provienen del arte que emplean los encargados de traerlos y de conservarlos. La tierra de España estaba preparada a fines del siglo XIV por la revolución de los reyes crueles; por la ciencia de las universidades esencialmente monárquicas y opuestas con su derecho romano al derecho señorial; por las luchas entre los reyes y los nobles que habían empapado en sangre las campiñas; por el predominio de las comunidades, generadoras de un estado llano poderoso; por el cambio traído a la guerra con la pólvora y a la navegación con la brújula recientemente descubiertas; por mil concausas históricas la tierra de España, repito, estaba preparada, a fines del siglo XIV, a lanzar de sí los viejos organismos feudales; pero sobrevino, por nuestro mal, tras la dinastía extinta en D. Pedro I, la dinastía de los Trastamaras, representada por Enrique II, y en su debilidad, en su miseria, en su apocamiento, transigió con la aristocracia perturbadora y prolongó por espacio de un siglo, hasta el advenimiento de los Reyes Católicos, la horrorosa agonía del feudalismo. Pues así como ha habido familias reales que han trabado con su política el progreso de las instituciones monárquicas, ha habido en este nuestro siglo generaciones democráticas que, supersticiosas, o tímidas, o exageradas, si no han podido impedir el advenimiento de la democracia, porque estaba en la lógica de todas las ideas y en el curso de todos los sucesos, han impedido su consolidación y su arraigo. Nadie habrá olvidado aquellas generaciones revolucionarias, de las cuales quedan tantos ejemplares aún dignos de estudio, entregadas por completo al ideal, y que después de haber pedido a la república cosas imposibles, como el remedio de las irremediabiles imperfecciones humanas, como la renovación súbita de la lenta sociedad, caían por ensalmo en

el terror a sí mismas y a su propia obra, é imaginando que las fórmulas más o menos caprichosas de los escritores elocuentes y las teorías más o menos fundadas de los profetas utopistas, iban a cambiar hasta las condiciones de la vida terrestre y a destruir hasta las bases inmovibles del orden social, rompían entre sus manos la prensa, derribaban la tribuna, maldecían del Parlamento, é iban, presas de un miedo inconcebible, a pedir de hinojos ante un César de ocasión la salud de todos por medio de una dictadura bastante a impedir los dos fantasmas forjados en aquella universal insania: la reacción monárquica y la utopía comunista. Necesitose el más terrible de los escarmientos, y quizás la renovación de aquellas generaciones enfermas por otras más inteligentes y sanas, para restablecer el régimen parlamentario, por ejemplo en Francia, y entregar a la nación el gobierno de sí misma, en la seguridad de que nadie tiene tanto interés como ella en su propia salud y en su perdurable conservación.

Ante esta enseñanza conviene mucho averiguar con certeza el destino histórico de una generación y cumplirlo con fidelidad. Las generaciones tienen, como los individuos, su vocación y oyen como una voz interior que las llama con llamamientos repetidos a su obra social. En los primeros días del Cristianismo, la esperanza mesiánica penetraba hasta en los pueblos paganos. Suetonio cuenta que al volver de Judea Vespasiano, las puertas de los templos se abrían a su paso y los sacerdotes idólatras le preguntaban si era el prometido a las naciones. Pues mirad, por lo contrario, la generación cercana al año 1000 cuán destituida estaba de esperanza, que creía sentir bajo sus pies el planeta destruido y sobre su cabeza enrollados los cielos.

Indudablemente, si examinamos los períodos de la revolución francesa, tan determinados y tan lógicos, veremos que oscilan entre diez y veinte años de duración. Diez y nueve años dura la iniciación revolucionaria que acaba el día en que la Constituyente se disuelve. Nueve años dura la república, que realmente se extiende desde la reunión de la Asamblea legislativa en 1791 hasta el 18 de brumario en 1799. Quince años dura el primer imperio; quince la restauración; diez y ocho la monarquía de julio; diez y nueve el segundo imperio. ¿Qué prueba esto? Que cada generación tiene tres ó cuatro lustros de influencia política, y en esos tres ó cuatro lustros hace las instituciones, como dice la Biblia que Dios hizo a la predilecta entre sus criaturas, al hombre, a su imagen y semejanza. Ahora bien: ¿qué ministerio trae a la historia la generación a que nosotros pertenecemos, aquella hoy reflexiva y madura, cuyo influjo comienza después de las varias reacciones subsiguientes a la revolución de febrero?

No puede ni un punto dudarse del ministerio histórico que necesariamente nos toca. Falta es que cada generación tenga pésima idea de sí misma. Ni las más ilustres han podido evitarse este dolor que acompaña inseparablemente a nuestra alma, como acompaña a la sombra nuestro cuerpo, como acompaña la limitación y la contingencia a nuestra vida, como acompañan las dudas y las contradicciones a nuestros pensamientos. Imposible que aspiráramos a la categoría de especie progresiva por excelencia en la creación, si a la continua no sintiéramos el antagonismo perpetuo entre el ideal

y la realidad. Todo hecho nos deja un amargor inextinguible si lo comparamos con el tipo y el arquetipo de la idea. Toda obra real, como que nace condicionada y perecedera, deja de responder a la incondicionalidad absoluta del pensamiento. La historia no tiene el encadenamiento lógico ni las proporciones arquitectónicas de un sistema, pues a cada paso resaltan en sus páginas las impurezas y las sombras de esta vida real que manchan hasta el alma, como nuestros hondos lagos y mares manchan con sus evaporaciones el espacio celeste é infinito. No debemos extrañar, pues, que nuestra generación tenga, como todas las generaciones, pésima idea de sí misma. Pero si recuerda el mundo que le entregó el fatal año de 1852 y lo compara con el mundo presente, no tendrá tantos motivos para quejarse de sí misma ni para maldecir de su estrella. El terrible golpe de Estado que acabara con la Legislativa francesa, hirió en el corazón a todos los demócratas y paralizó el movimiento de toda la democracia; tropezaron en las ruinas, pero yerta, como el cadáver de Ofelia, la infeliz Venecia, resucitada un momento por el admirable genio de sus hijos; el austriaco montó la guardia de Verona y de Mantua, y mandó sus sicarios a oprimir a Milán y a Florencia, que pagaron con larga servidumbre un tempestuoso día de libertad; extinguióse la voz de Polonia, que superara las llamas de sus hogueras y los rechinchamientos de su potro a la fusilería moscovita, y cayó bajo los croatas y los rusos la animosa Hungría; el despotismo de Nicolás se recrudeció al Norte y la bárbara dictadura de Narváez al Sur; Viena y Berlín, que habían aspirado al aire y a la luz, entraron de nuevo en la noche y en la asfíxia; mientras vieron todos los oprimidos, el esclavo de los ingenios americanos, el siervo de la estepa rusa, el rumano del Danubio, el montañés de Servia, partirse su corazón al ímpetu del dolor y cerrarse a sus ojos enrojecidos hasta los horizontes de la esperanza. ¿Y es igual la situación que hoy tiene el mundo? ¿Es parecida siquiera, ni de lejos, a aquella situación? España, detenga cuanto quiera este impulso una restauración pasajera, ha entrado en pleno espíritu moderno; Francia vive en república, y en república democráticamente consolidada; Italia y Hungría han recobrado su independencia; el régimen representativo se ha instalado en Berlín y en Viena; los siervos han concluído en Rusia y los esclavos en América; nuevos pueblos se han levantado a la libertad en las orillas del gran río central de Europa; el poder político de los papas, que parecía desafiar a nuestro siglo, se ha hundido para siempre en Roma; y la agonía del imperio turco y la revolución que truena en la inmensidad del imperio moscovita nos infunden seguras esperanzas en que la libertad y la democracia aparecerán hasta en las regiones de Oriente, que parecían condenadas por una fatalidad de su clima y de su historia al fanatismo y a la servidumbre. Pues viendo todo lo que esta generación ha hecho y todo cuanto le falta por hacer, no será mucho decir que se encuentra llamada por la naturaleza y por la historia, con llamamientos incontestables, a realizar, en más ó menos grado, los principales ideales

concebidos por la democracia de 1848 en los momentos de inspiración y de entusiasmo.

Mas precisa ver lo ideal y lo real a un mismo tiempo, y luego la distancia que hay entre ellos y que debe recorrerse para juntarlos. De toda generación exclusivamente idealista podrá decirse lo que decía Bacón de las ideas abstractas, vírgenes consagradas al Señor que resultan completamente estériles. De toda generación exclusivamente práctica podrá decirse a su vez que no mira a lo permanente y a lo eterno, que se deja arrastrar como un cuerpo muerto por la corriente de los hechos, y que es como la concubina de la realidad y de sus impurezas. La sociedad que carece de una idea en su desarrollo, aseméjase a la nave que carece de norte en su rumbo. La sociedad que sólo conoce ideas y no realidades, jamás dará a luz una obra viviente y duradera. La misma relación que hay entre la vida y el organismo hay entre la idealidad y la realidad política. Es la una como la electricidad celeste que trae la luz, el calor, el movimiento, y es la otra como el arpa de los nervios por donde esa luz, ese calor, ese movimiento se comunica a los organismos y se condensa en vida. El mecánico que monta una máquina logrará ó frustrará su trabajo si prescinde por completo del cálculo matemático y de las fórmulas científicas; pero también frustrará, también malogrará su trabajo si cree que los cálculos se cumplen en toda su exactitud, que las fuerzas resultan en la práctica como están calculadas en las abstracciones, que las fórmulas algebraicas se realizan en todas sus cifras, y no mide cuánto se diferencia de la teoría la práctica y no admite, como debe admitirse siempre, lo que en lenguaje técnico se llama coeficiente de la realidad. En ninguna ciencia, en ninguna, la práctica da un mentís tan doloroso a la teoría como en la ciencia política. Desde luego es un arte y una ciencia al mismo tiempo la política; y si como ciencia mira al ideal, como arte mira a la realidad y a la práctica. Y aun admitiendo que sea ciencia, no es del rigor lógico de las matemáticas, ni de la clasificación y de la serie que las ciencias naturales, ni de la riqueza de observaciones y experiencias con que cuentan las ciencias físicas y cosmológicas. La libertad humana en realidad no tiene leyes tan seguras ni de tan fácil cumplimiento como la fatalidad mecánica ú orgánica. Por consiguiente, la ciencia política, que al fin y al cabo es la ciencia de la humana libertad, no puede tener ni axiomas tan claros ni teoremas tan perfectamente encadenados como las ciencias físico-matemáticas. Hay que contar, como en las ciencias metafísicas, con el ideal; como en las ciencias físicas, con la observación; como en las ciencias exactas, con el cálculo; como en la resolución de todos los problemas teóricos aplicados a la práctica, con lo posible y con lo oportuno; como en la síntesis cosmológica, con lo más elevado cual es la religión, y con lo más tangible cual es el territorio y el clima; con la ciencia en sí, con su absolutismo, y con la historia y sus hechos relativos y sus accidentes continuos. Por consiguiente, entran tantos factores en sus problemas, y resultan estar así tan complicados, que pecaría de insensato el hombre empeñado en resolverla por sí solo, y con sus solas fuerzas, porque, obra eminentemente social, corresponde a las sociedades humanas. Así pues, para una grande obra política debe

contarse por lo menos con una generación, cuando no con dos ó con tres, que la continúan, ó por lo menos la desarrollan, y sacan y aplican sus últimas consecuencias.

Nuestra generación tiene por destino capital, especialmente la generación que influye soberanamente en los destinos de los pueblos latinos, en Francia y en España, fundar el gobierno parlamentario, delegación verdadera del sufragio universal, en libres y democráticas, pero también gubernamentales y sólidas repúblicas. A los italianos y á los alemanes les interesa el problema de su unidad sobre todos los problemas, y pueden ponerlo en manos de dinastías victoriosas; á los húngaros les interesa el problema de constituir y conservar su nacionalidad coexistiendo con las demás nacionalidades de orígenes diversos á quienes se hallaron asociados por accidentes históricos, y pueden poner este difícil ministerio en una dinastía histórica también; á los rumanos, á los griegos, á los serbios, á los búlgaros crecer en territorio y en libertad merced á las complicaciones de las potencias europeas en Oriente, y pueden llevar á la cabeza de su política reyes protegidos de las grandes casas reinantes en el Norte de Europa; á los ingleses perseverar en sus progresos continuos y en su grandeza secular dentro de las antiguas formas históricas, y pueden fiar este trabajo á la antigua casa de Hannover, representada por una reina perfectamente constitucional; pero á nosotros, franceses y españoles, que hemos recabado la libertad en guerra abierta con nuestras antiguas instituciones, tócanos fundar el régimen representativo más amplio dentro de las más firmes repúblicas, fundar el gobierno de la nación por la nación misma representada por Cámaras y presidencias, dimanadas, ora directa, ora indirectamente, del sufragio universal. De suerte que, midámoslo como lo midamos, démosle toda la importancia que nos sugiera nuestro orgullo, acrecentemos desmedidamente su trascendencia, el trabajo de esta generación nuestra es un trabajo esencialmente práctico, más de reflexión que de genio, más de arte que de ciencia, más de habilidad que de arrojo; es un trabajo reducido á dejar compuesto ya en la realidad y establecido y arraigado en las costumbres el régimen parlamentario en su forma indudablemente más perfecta, en la forma republicana.

Bien quisiéramos asignar á la generación á que pertenecemos un ministerio mayor en la futura historia: las revelaciones de los profetas, la corona de los mártires, las ideas de la inspiración, los atrevimientos revolucionarios, el combate con los monstruos de lo pasado, la fundación de una sociedad nueva en torno de la cual floreciesen los campos, se aumentaran las estrellas y crecieran y se transparentaran las almas. Pero así como nadie escoge el tiempo en que ha de nacer y vivir, nadie escoge tampoco la generación á que ha de pertenecer. Nuestros heroicos progenitores de fines del siglo tenían el feudalismo que soterrar, la inquisición que extinguir, la monarquía absoluta que derribar, el clero intolerante y riquísimo que vencer, para lo cual necesitaban la corpulencia, la fuerza, el vigor en los músculos, el instinto cruel de aquellos titanes vomitados por el Etna para guerrear con los dioses, y que debían, heridos por el rayo, arrastrados por el huracán, entre el terremoto de las montañas desgajadas y las tonantes

nubes del cielo abrasado, poner unos sobre otros los volcanes á fin de tocar en el Empíreo y someter las viejas y seculares supersticiones. Pero nosotros hemos venido en edad en que, siendo menores los males, se necesita también menos el heroísmo; hemos venido en edad en que el cielo se ha descargado de sus tormentas y el mar se ha reducido en su lecho, y la tierra vegetal se ha dilatado por todas partes, pidiéndonos con sus aptitudes productoras, no las armas del combate, sino los instrumentos de la agricultura, para que en los esfuerzos del trabajo y no en los resuellos de la guerra, vertiendo sudor y no sangre, con la mira puesta en la realidad viviente más que en el abstracto idealismo, produzcamos y conservemos, por medio de evoluciones graduadas y sucesivas, la viviente organización de la libertad, una república democrática bastante sólida para responder á la estabilidad y bastante amplia para responder también á los progresos sociales.

Dígase lo que se quiera, hemos de guardar un gran culto por la generación mártir de 1848; pero hemos de seguir procedimientos diversos, aunque tengamos con ella propósitos é ideales conformes. No conozco ninguna generación que haya contado menos con la resistencia del pueblo ni más con la fuerza de las ideas. Predominaba en sazón tal, antes que el estudio del tiempo presente y de la sociedad viva, el entusiasmo por las tradiciones épicas de la primera revolución. Apenas se comprendía que la república existiera y no promulgara los principios más avanzados, y no escribiera con el cañón y la espada, en lo alto de la tribuna, tonante como un Sinaí, y en los azares de la guerra universal y de propaganda, poemas cíclicos, cual aquellos del 93, poniendo ejércitos improvisados por el patriotismo y mantenidos por la idea en los Alpes, en los Pirineos, á las orillas del Rhin, por todas las fronteras, como cruzados de la libertad, para manumitir á los oprimidos y soterrar á los opresores en medio de las más sublimes y más sangrientas tragedias. Cada uno de los grandes sacerdotes de la democracia tenía su sistema social apercebido: quién el nuevo cristianismo y el pontificado industrial; quién la serie y la falange; quién la Tetradá y la Icaria; unos creían el trabajo mal organizado por los siglos y se preparaban á organizarlo en talleres burocráticos llamados «talleres nacionales;» otros creían la propiedad en discordancia con las nuevas instituciones y el interés del capital en oposición abierta con la buena nueva, y tramaban un «Banco del Pueblo» que prestase gratis y por amor á la libertad y á la patria: la reforma de las leyes parecía cosa baladí si con ellas no se reformaba también la naturaleza humana, limpia de todas sus imperfecciones, y no se aumentaba en una tierra más embellecida y bajo un cielo más sereno desde la potencia digestiva del estómago hasta la potencia creadora del cerebro. Todos creían que la república no importaba nada, que no importaba nada el sufragio universal, que no tenía gran precio el gobierno de la nación por la nación misma, si á estas ventajas no se juntaba la mejora inmediata de la sociedad, tan fácil de mejorar como cualquier obra de arte por una inspiración súbita y en virtud de un sistema preconcebido y arreglado allá en las altas soledades del pensamiento. Luego la vida ordinaria y la prosa del gobierno éranles intolerables á aquellos sublimes héroes; querían mucho

más sin duda, el combate continuo, la revolución permanente, las erupciones de ideas sublimes, los debates en asambleas tempestuosas, un proyecto por minuto, una innovación por día, la impaciencia del bien por norma, la reforma universal por fin; pero en tal grado, que las naciones fueran como Pitonisas, agitadas eternamente, poseídas del dios, formulando oráculos, en la fiebre de la revelación, no asentadas sobre sus bases incommovibles y eternas, sino de pie en la frágil y zozobranante tripode.

Por todas estas concausas creíase que los revolucionarios de ahora se las habían con monstruos tan terribles como los revolucionarios nacidos y criados en el siglo último, y á manera que Don Quijote tomaba por castillos las ventas, tomaban ellos las fábricas por señorios industriales; los millones de propietarios, nacidos al calor de los nuevos principios, por jerarquías aristocráticas; las clases medias, tan amigas de la libertad, por señores con privilegios odiosos; el régimen industrial moderno por un feudalismo disfrazado; el trabajador por un siervo del terruño ó del taller que debía levantarse nuevamente en armas y entonar por calles y plazas, por campos y montes, el grito todavía esparcido en los aires de «guerra á los castillos y paz á las cabañas;» infantil retórica revolucionaria con la cual sólo se alcanzaba á dividir las clases sociales; á educar al pueblo en la desconfianza y en el despego de las nuevas instituciones; á imbuir al propietario que cada trabajador emancipado pertenecía á un ejército de expoliadores, y al trabajador que cada patrono y cada propietario pertenecía á la casta de los tiranos; forjándose en tan crasos errores el cetro y el sable de la dictadura cesarista, por todos aborrecida, pero de todos llamada, como un seguro en la incertidumbre producida por tantas ideas relampagueantes y como un descanso en la agitación producida por la inacabable exaltación, á cuyos vértigos se dementaban hasta no saber adónde iban, como sucede á todas las generaciones asaltadas por esa enfermedad espantosa consistente en el miedo de sí mismas, y conocida con el nombre verdaderamente gráfico de terror social, tan grave y tan contagioso como el pánico de los ejércitos en la guerra.

## X

Quien estudia con alguna madurez las ciencias, concluye por adquirir un sentimiento de modestia, bien natural á la limitación de nuestras facultades intelectuales. Toda la metafísica moderna dependerá de Kant por haber demostrado cuánto hay de subjetivo y de objetivo en el conocimiento, y por haber puesto límites á la audacia de la razón pura empeñada en subirse hasta lo inaccesible, en comunicarse con lo incommunicable, en comprender la incomprensible esencia de las ideas y de las cosas. Las matemáticas mismas, las ciencias exactas por antonomasia, necesitan postulados para demostrar sus teoremas, tan puramente indemostrables como que dos líneas rectas no pueden cerrar una superficie y dos líneas paralelas no pueden encontrarse ni en lo infinito. Las ciencias naturales en sus descubrimientos de la relación de los cotiledones con todas las plantas y de la relación de la vértebra con todos los vertebrados, nos han conducido al conocimiento pro-

fundo de la conexión que reina entre todos los seres y de la serie lógica que se extiende en gradaciones sucesivas por todo el universo. Aquella primera ciencia geológica de las revoluciones súbitas, de las catástrofes titánicas, de los cataclismos sublimes, ha tenido que dejar franco paso á otra ciencia más sencilla y prosaica, en la cual se demuestra que las fuerzas del planeta han obrado poco más ó menos como ahora obran y han hecho las varias metamorfosis por virtud del tiempo y de la lenta sucesión de los siglos. Pues ¡cuánta mayor modestia no debe inspirarnos la historia! ¡Qué paciencia tan larga no se aprende en sus páginas! ¡Cómo se observa que las ideas más justas emplean todas en prevalecer edades casi geológicas! Sócrates muere por haber dicho que la conciencia es anterior y superior á la religión del Estado; y verdad tan sencilla de moral no entra en el derecho y en la ley hasta muchos siglos después de aquella su divina muerte. San Agustín dice que la mayor prueba en favor del Cristianismo se halla en su rápida propagación, y necesita el Cristianismo, para vencer, quinientos años, la interesada conversión de Constantino, el golpe de Estado contra los senadores romanos que ideara Teodosio, la fundación al Oriente europeo de una nueva capital de Europa y un nuevo imperio, la muerte de la inmortal Roma antigua y la irrupción, semejante á un diluvio, de los bárbaros del Norte. El pacto de Carlomagno entre el pontificado y el imperio dura más de mil años. La donación de Pipino al Papa no se revoca hasta después de la última guerra franco-prusiana. En el siglo xii habla Abelardo, y en el siglo xvi Lutero. Cuatrocientos años tardan los reyes en prevalecer sobre los nobles, y trescientos los pueblos en prevalecer sobre los reyes. Los hombres mayores padecen de una ceguera incurable. Tácito mira con patricio menosprecio á los nazarenos que minaban las ruinas del imperio y limaban las cadenas del esclavo. Campanella, preso por Felipe II y atormentado, cree que su carcelero y su verdugo dominará á Holanda, vencerá á Inglaterra, ahogará á Alemania, pulverizará á Suiza, contrastará á Francia, restableciendo la unidad católica en el orbe. Voltaire juzga casi eternos á los reyes heridos por su crítica. Rousseau no sabe una palabra de la revolución que ha desencadenado con su elocuencia. Mirabeau muere después de haber desarraigado la vieja encina de la monarquía histórica, imaginando que el pueblo puede guarecerse aún bajo la copa por él mismo abrasada con su palabra.

Á cada revolución suceden reacciones sinnúmero; á cada paso que hacia adelante se da, una detención parecida al completo agotamiento de todas las fuerzas sociales. En ninguna parte se encuentra demostrada la lentitud del progreso humano como en la historia, y la necesidad de atesorar una gran paciencia y de tener en mucho la virtud transformadora del tiempo. Así es que la guerra entre la escuela histórica y la escuela filosófica del derecho ha pasado á ser como una antigualla en nuestros días; y todo el mundo comprende que no se puede definir y alcanzar el derecho sino en las ciencias, pero que no se puede realizar y cumplir sino con las transacciones y los acomodamientos que á cada paso exige la sociedad y demuestra la historia.

En virtud de estas observaciones, todos cuantos tengan algún derecho á dirigirse á la democracia contem-